

IMÁGENES DEL FUGITIVO



José Ceballos Maldonado

1

La pensión anterior tenía un pequeño jardín en la entrada. Limitado en tres lados por muros muy altos, estaba sumido todo el tiempo en una claridad opaca. Sin embargo, me gustaba. Me gustaba una cierta humedad permanente que trascendía de los prados. Que en la atardecida un sol oblicuo y frontal llegara hasta mi balcón y el gato se acurrucara en él tomándolo como asoleadero. Cada vez que salía al balcón sus ojos amarillos me miraban fija y tristemente. Durante mucho tiempo fue mi única compañía viviente. El ruido del tráfico me llegaba como un rumor lejano. El enrejado de la calle, cubierto de enredaderas, era una especie de resguardo verde que me aislaba del mundo.

Mi habitación estaba en la planta alta y el sol dorado de la tarde penetraba hasta mi cama a través de los dos balcones; así que aun estando acostado podía ver el azul del cielo y, por la noche, un buen puñado de estrellas.

Pero a mi casera le gustaba tocar el *Ave María* de Gounod en un piano desafinado. Al fin resultó insoportable. ¿Hasta cuándo va a durar esto?, me preguntaba día tras día. ¿Hasta cuándo?

En esta pensión todo es diferente. ¡Vaya cambio! Mis ratos de buen humor son más frecuentes. Intento leer y lo hago sin que me parezca que los libros son indignos de que se les lea. No me parecen inútiles, irresponsables, aburridos, inadmisibles. Incluso,

de pronto, estoy escribiendo yo mismo. Sencillamente tengo algo que hacer.

Sin embargo, hay una circunstancia que me inquieta: le temo a Nora, la hija menor de la casera. Su asedio es constante. Me ha convertido en el objeto dominante de su atención. Hace esfuerzos desesperados por invadir la zona impenetrable de mi vida. Sé que no es nada extraño, esto tenía que ocurrir. Pero resulta molesto. No quiero que me escudriñe continuamente.

Por otro lado, no logro ser indiferente a su bonito trasero. Lo veo de soslayo cuando estamos en el comedor y ella se levanta para dirigirse a la cocina. Lo examino cuando le cedo el paso en los pasillos y las escaleras. Hay días en que pienso mucho en su trasero. En los viajes a Uruapan lo tengo en la mente durante el trayecto de ida y regreso: danza ante mis ojos a lo largo de la carretera. En el momento en que me echo a dormir está presente; y claro, también al despertar. Lo sueño. ¿De qué otra manera puede reaccionar un hombre ante un espectáculo semejante? De todos modos agradezco al trasero de Nora una cosa: que haya conseguido ahuyentar las ideas negras. Descanso y puedo continuar adelante.

El calor del verano se ha prolongado y dejo abierta la puerta y la ventana durante todo el día y toda la noche, y día y noche penetra la cálida fragancia de las malvas. Al amanecer me despierta un vientecillo frío; pero no cierro la puerta ni la ventana; sólo me echo encima otra cobija. Siempre he sido un ser hambriento de aire.

Hace rato pasó Nora ante el claro de la puerta. Sube cuando necesita secar ropa en el asoleadero que está al lado de mi habitación. Podría evitar su presencia con sólo cerrar la puerta, o con sentarme a leer en este rincón donde se encuentra el escritorio. Pero no lo hago. Reconozco que Nora me atrae con una fuerza que soy incapaz de vencer.

Juraría que bajo la bata sólo conservaba el camisón. Aunque la verdad es que no estoy tan seguro. Oscilo con la misma certeza entre el sí y el no. Lo cierto es que sus pechos se mantenían erectos y firmes como si los levantara el sostén; o como si flotaran libremente merced a su propia consistencia.

Definitivo: soy incapaz de mantener una actitud de indiferencia ante Nora. Lo peor es que advierte el grado de sumisión a que

he llegado y pretende dar el zarpazo. Quiere atraparme sin más demora. Pero resulta, Nora, que eso es precisamente lo que no está en mis planes. Rehusó ser considerado como un idiota sexual. No caeré en tus redes.

Al volver del asoleadero se detuvo en la entrada de mi pieza.

—¿Por qué nunca sales? ¡Vives como encarcelado!

—Bueno, supongo que me gusta el encierro.

Hizo un divertido gesto de incredulidad.

—Esta cárcel me parece magnífica. Digna de gozarse. Hasta el presente, es mi pensión favorita.

—¿Por qué? —preguntó con vivo interés.

—Bueno; podría señalar varios motivos; pero en general creo que todos tenemos cosas favoritas, sin saber exactamente por qué. Además, necesito estar sobre los textos de jurisprudencia y leer otros libros bastante voluminosos.

—Lees demasiado.

—Nunca se lee demasiado, Nora.

—Lo que pasa es que eres retraído. Tímido. Eso es lo que ocurre. Deberías salir con los amigos.

—No tengo amigos.

—Apuesto a que cuando menos tienes una amiga.

—No apuestes. Perderías.

—Qué raro. Todos los hombres tienen su amiga.

—Como compromiso y ocupación sólo me interesa la Facultad de Derecho.

—Estarás muy contento con el próximo comienzo de los cursos.

—Dudo que haya ese comienzo próximo. En la Universidad el primer día de clases siempre estalla la primera huelga del año.

—Hay que ver, en cambio, cómo se trabaja en mi escuela de Turismo.

—Una escuela entre docenas, desde luego.

—¡Qué calor! ¿Te gusta el calor?

—Nunca he conseguido soportarlo.

Hizo un gracioso mohín, se despidió agitando la mano y bajó la escalera casi corriendo.

No tengo ningún interés en que se inicien los cursos de mi último año de jurisprudencia. Por el momento estoy entregado en cuerpo y alma a ver cine. Puedo pasarme horas y horas viendo cine

por televisión. O leyendo. Pero depende. Depende de mi estado de humor, de lo que esté leyendo, de lo que pongan en la televisión o de las películas que consiga en las tiendas de video. Depende de si estoy excitado sexualmente o acabo de satisfacer la excitación.

Lo cierto es que permanezco encerrado. Sin que esto signifique ninguna complacencia. Considero mi aislamiento como una dura imposición. Apenas un poco más llevadera que la barahúnda de la calle.

2

Leo los pensamientos de Nora como si estuvieran escritos en un libro. Por ejemplo, leo que tiene la certeza de que me pescará, pronto o más tarde. Confía en su atractiva figura, en sus dieciocho años, y en el hecho de que vivimos bajo el mismo techo. ¡Me tiene al alcance de la mano! De todos modos no abrigues demasiada confianza, apetecible Nora, no podemos apoyarnos firmemente en nada, y menos aún en lo que parece tan sencillo.

Hoy estaba en el pasillo de mi habitación, ocioso, con la vista perdida en la lejanía. Oí un rumor de voces y miré hacia el patio de la planta baja. Descubrí que Nora y la señora Raquel se encontraban al pie de la escalera de la calle conversando con la vecina del otro lado. Sintiendo que yo estaba allí, Nora miró hacia arriba. Se encontraron nuestros ojos y sonreímos. Figuró lentamente con la boca unas palabras que no comprendí. Se lo hice saber moviendo la cabeza negativamente. Sin embargo mantuvo la cabeza echada hacia atrás, mirándome. De repente tuve la sensación de que aquello era absurdo, infantil, en todo caso. Entonces agité la mano para decir hasta luego y me escabullí.

Estar en acción es de lo más importante para Nora. Iniciamos la cena ella y yo, solos. Al cabo de un rato advertí que estaba alejado de la mesa y acerqué la silla en el instante en que Nora hacía el mismo movimiento. En alguna forma se encontraron nuestras manos debajo de la mesa. Tal vez intervino el azar. En todo caso Nora me apretó la mano, sonrió y volvió a ocuparse de su platillo. Ella seguramente se quedó bastante complacida. Pero yo me sentí

turbado. Molesto. Lo malo es que no puedo manifestarle mi desagrado. Decirle que mi único deseo es que me deje en paz.

Estoy preparado para la resistencia. Me asisten experiencias anteriores con chicas igualmente enojosas que a tiempo conseguí eliminar. Para quitármelas de encima operó con bastante eficacia mi temor a la desfloración. Sé que romper un himen es demasiado fácil. La mujer virgen busca afanosamente liberarse de su virginidad. Y cuanto antes, todavía mejor. Pero sé también que el hecho es tan irreparable como comprometedor.

Debo, pues, endurecer mi actitud. Reforzar la vigilancia. Eliminar la menor concesión. Porque si Nora continúa con el asedio, significa que le estoy haciendo el juego en alguna forma inadvertida para mí.

3

No puedo precisar cuándo empezó a rondar en mi cabeza la idea del suicidio. A veces es una idea tranquila, apaciguadora y, en cierto modo, impersonal. Pero hay días en que se vuelve turbulenta. La siento como una condena inapelable que, sin embargo, en ningún momento me ha empujado a realizar la menor tentativa de suicidio. En ocasiones la olvido por completo y me tiento un poco la Gran Existencia Común. Me dan ganas de usar buena ropa, de cambiar con frecuencia de automóvil, de recorrer el mundo, de divertirme con chicas atractivas y, llegado el caso, tal vez casarme. Tengo interés por la familia, los amigos y el quehacer universitario. Y en general por todas las menudencias de la vida. Por ejemplo, detestando el baile me pongo a bailar. La última vez que bailé fue en una fiesta de estudiantes. Vi que una chica estaba sin pareja y la invité. Tomamos unos tragos y de pronto empezó a gustarme. Suelo rehuir el trato con chicas desconocidas. Tenía la cara limpia de todo maquillaje; y un cuerpo de lo más excitante. Cuando terminó la fiesta la llevé a su casa. La hermana que la acompañaba desapareció en el interior y ella se quedó en la puerta. Hablamos largo rato. Al despedirme quise darle un beso en la mejilla, pero ella me ofreció la boca. La abracé y seguimos con los besos. Oprimió su vientre contra el mío. Sintió la erección y no la evitó. Respondía como si mediara entre nosotros una

íntima y larga relación. De repente se oyeron unos pasos y apareció la hermana. Dijo que mamá le había ordenado cerrar la puerta. Le pedí el número de su teléfono y acordamos salir cualquier día de la semana siguiente.

Me ruborizo cuando recuerdo el episodio. No quiero reconocerme en ese tipo adherido frenéticamente a una mujer desconocida. Con el pájaro despabilado. Estaba algo borracho. Al principio todos los días sentía la tentación de llamarla. Pero no sabía qué decirle. Ni qué hacer con ella. Además, no recordaba dónde había quedado el número de su teléfono.

Estos últimos días no he tenido pensamientos suicidas. Es querer hacerlo desprovisto de resolución para ejecutarlo. Esa espera de la ocasión pintada para, finalmente, liquidarme. Ni siquiera me he puesto taciturno. A excepción hecha de ciertos días en que experimento una punta de depresión, que es, y al mismo tiempo no lo es. Lo atribuyo a la presencia de Nora, por supuesto. Nunca había convivido con una chica tan atractiva. Tiene una "cosa" perturbadora para mí: frescura, sensualidad, dinamismo, alegría, ligereza, todo reunido. Que no representa mi ideal de mujer. No lo creo. Si lo fuera, sencillamente no le opondría resistencia. Durante la masturbación es mi compañera imaginaria. Lo son también otras mujeres conocidas que evoco en forma caprichosa. Pero Nora nunca falta. Es lo preocupante: su permanencia en las fantasías eróticas. Y que empiece a comportarme en otros aspectos como si estuviera loco por ella.

Hoy se puso unos pantalones bombachos, por alguna razón desconocida más excitantes, si cabe, que los ceñidos al cuerpo. La blusa demasiado floja era un monumento a ese desarreglo peculiar tan a la moda; sin que faltara la trampa sexual: el escote desproporcionado que invitaba a echar un vistazo al interior. Pero recuerda, Nora, que no estoy vencido. Me has cogido del rabo, no del corazón. Solamente me excitas. El corazón permanece momificado para ti.

4

En esta habitación, ocupada anteriormente por una pensionista, hay demasiados espejos: el de cuerpo entero del armario, el de la

consola, y otro más colgado en el muro. Así que a cada instante me encuentro con mi propia imagen. Y con ella a ese otro yo impertinente y aguerrido que habita en mi interior. No suelo hacerle caso. Permanece ahí como un simple monigote. Pero a veces se permite intervenir en mis asuntos con la mayor rudeza. Y sin rodeos. Entonces me encaro a él porque no tengo otra opción. Hoy, apenas entré en la habitación, me puse ante el espejo de la consola. Y ese otro yo, que es *ÉL*, apareció de repente, sonrió irónicamente y dijo:

ÉL: Empiezas a pasarla mal en esta casa, se advierte a leguas.

YO: No tengo motivo alguno para quejarme.

ÉL: Dejaste de leer. Hace tiempo que no funciona la televisión ni el aparato de sonido.

YO: Bueno; es un pequeño problema.

ÉL: Me parece que no es tan pequeño. Tienes que amar a alguien. Abandonar esa actitud de indiferencia que te convierte en un individuo ajeno al mundo. Ahí está Nora tratando de ganar tu simpatía. Apuesto a que te gusta.

YO: ¿A ti te gusta?

ÉL: Es terriblemente atractiva. ¿A que no te esperabas nada parecido? Conviértela en tu delirio, Gastón, aunque sólo sea para escapar de ese otro delirio paranoico de quitarte la vida que padeces de tiempo en tiempo.

YO: Se ha disparado tu imaginación. ¿No podrías frenarla un poco?

ÉL: Nora puede representar ese "todo" que tanto necesita un hombre desajustado como tú. Corre tras ella, gasta un poco la suela de tus zapatos, atrápala, nunca te arrepentirás.

YO: Falla lamentablemente tu perspicacia, colega. El hecho de atrapar a una mujer como Nora equivale a ser atrapado uno mismo. No quiero casarme, no todavía.

ÉL: No trates de cerrar los ojos ante la realidad. Nora está hecha a tu medida. Te casas con ella o eres hombre perdido.

YO: Sé cuándo debo casarme y con quién.

ÉL: Insistirá.

YO: Por supuesto: quiere aprovecharse de mí.

ÉL: Eso es. Ahí te plantas.

YO: En todo caso, prefiero el suicidio. Lo digo en serio. No trates de convencerme.

ÉL (con el rostro descompuesto): ¡Zoquete! ¡No he visto en mi vida zoquete más grande! ¡Nora es la mujer que puede salvarte!

YO: ¿Cómo puedes tener semejante certeza? Acabamos de llegar a esta casa y apenas si la conocemos.

ÉL: Mi instinto es infalible. Aparte de que no tengo ofuscado el pensamiento. No estoy sometido a las influencias de la vida sórdida que llevas.

YO: ¡No creo en las inspiraciones sobrenaturales! ¡Carajo! ¡Y ahora, por lo que más quieras, saca esa cara de allí!

ÉL: ¡Y tú saca el revólver y liquídate! ¡No puedes hacer nada mejor!

Me retiré de la consola lleno de indignación. Basta con dejar de verlo para que cesen los reproches. Luego, al apoyar la mano sobre la cubierta del escritorio, empujé accidentalmente la figurita de bronce contra el florero vacío, que estalló. Tenía ganas de que estallaran todos los espejos del mundo.

Pensé en salir a la azotea. Quizás pudiera liberarme de la imagen de ÉL. De su máscara detestable. No salí. Tomé asiento ante el escritorio y durante un rato estuve preguntándome qué demonios podía hacer hasta que sonara la hora de bajar a cenar.

5

Mi patrona es admirable. No sufre de intolerables presiones en la cabeza. Tiene unas cuantas claves para guiarse en la vida. O sea: es ajena a las angustias y al peligro de caer en esas profundidades que no pueden medirse.

Canta fragmentos de melodías populares de años atrás con una voz limpia, suave y a la vez intensa. Canta para sí misma, esforzándose en acrecentar su deleite graduando el tono cuidadosamente.

Lo que imagino del cuerpo de Raquel —esbelto y aún duro bajo los vestidos demasiado holgados— me pone cachondo involuntariamente. Siendo una viuda virtuosa, y sintiéndose observada con ojos libidinosos, se empeña en ocultar sus formas y en minimizar su presencia. Con lo cual obtiene el efecto contrario. Sin

embargo, ella cree que procede correctamente. Cuando murió su marido decidió terminar con las cosas del sexo. ¡Qué limpia y frígida quedó! ¡Qué limpia, qué condenadamente frígida! Sí, la vida puede ser buena sin sexo. Porque al fin y al cabo sólo se trata del sexo.

Ayer ocurrió algo muy divertido. Las sirvientas no aparecieron a la hora de cenar. Tampoco las hijas. La señora estaba en la puerta del comedor, un poco alterada. Tomé asiento en mi lugar; pero ella no ocupó el suyo. Mientras yo me limité a ingerir leche y pan, que ya se encontraban sobre la mesa, la señora permaneció en la cocina. Sabía de su existencia porque de vez en cuando oía que removía los trastos.

Cuando terminé, hubo un silencio. Esperaba que apareciera la señora para despedirnos, según lo manda la cortesía. No apareció. Después de un rato pensé en abandonar el comedor sin pronunciar una palabra. También pensé en asomar la cabeza en la cocina para decir adiós. No me atreví. Sentía que ella pensaba intensamente en mí, tanto como yo en ella. Qué líos tan tontos. Al fin me levanté ruidosamente y grité:

—Agradezco su atención, señora. Me retiro.

Al instante surgió en el claro de la puerta sonriendo artificialmente.

—Perdone —dijo—; estoy muy atareada; es muy poca cosa lo que hago, en realidad nada, pero hay que hacerlo. Buenas noches, Gastón.

En alguna forma inexplicable para mí, cuento en la mente de Raquel. No tenía más que sentarse a esperar unos minutos y no lo hizo. Tal vez porque sabe que la espío con miradas lujuriosas y quiere establecer entre nosotros las más inocentes barreras. Acaso porque aún la persiguen algunos traviesos fantasmas sexuales.

Lo cierto es que tú también cuentas en mi mente, Raquel. Aunque sólo sea como un novedoso estímulo masturbatorio.

6

Me gusta mi habitación, al grado de que no se me antoja estar en otra parte. Construida sobre la azotea de la planta alta, domina la perspectiva sur de la ciudad. Echado en el reposet o recostado

sobre la cama, puedo ver la torre y la cúpula de la iglesia de Capuchinas; una fea extensión de azoteas con ropa colgada para secar al sol y un bosque de antenas de televisión; y al fondo, a la distancia, por encima de las copas de los árboles de la plazuela, las verdequeantes lomas de Santa María. Contemplo este sector de Morelia como un espectador contempla el escenario sentado en el palco de un teatro.

La escalera de acceso, alfombrada, con pesado barandal de hierro forjado, arranca de la sala y termina en un pasillo cubierto, que también conduce al asoleadero de ropa.

La ubicación de mi pieza me invita a escribir. A manera de confesión ante mí mismo y como entretenimiento. Y también como autocastigo. Porque todo aquel que se impone el trabajo de escribir se impone un suplicio.

En medio de la soledad, con tiempo sobrado y ganas de aplicarse a la tarea, sólo pueden esperarse excelentes hojas de escritura. Nada más falso. Nunca me gusta el resultado. Además, contra mi deseo, quedan muchas cosas en el tintero. Tal vez porque cierta resistencia pudorosa me obliga a guardarlas en el secreto de mí mismo.

Ignoro por cuanto tiempo seguiré escribiendo. Por lo general inicio una tarea y al poco tiempo la abandono. Como si fuera incapaz de someterme a un mandato, a una férrea disciplina; como si de tiempo en tiempo necesitara cambiar de ocupación, de juego, de hastío.

Mi familia y los antiguos amigos coinciden en afirmar que desde niño era un ser inconstante y solitario. Excéntrico. Tanto así, que si llegara a suicidarme todo el mundo diría que no podía terminar de otra manera.

Me pregunto si vale la pena escribir y luego corregir durante horas y horas si, finalmente, me desagrada lo que escribo. Si no sería mejor escapar de la soledad, de la masturbación y de las ideas suicidas a través de una mujer que siempre estuviera junto a mí.

La mesa oblonga del comedor tiene espacio para ocho personas. La señora ocupa el extremo próximo a la puerta de la cocina. A su derecha toma asiento Cristina, la hija mayor. El lugar de la izquierda pertenece a Nora. Y el que le sigue me fue asignado a mí. Las dos sillas sobrantes del lado de Cristina están reservadas para las nuevas pensionistas: dos chicas del Distrito Federal que asistirán al curso de artesanía artística del maestro Zalce. El resto de las sillas lo ocupan Horacio, el hijo primogénito, y su esposa Lilia, que habitan en otra casa y aparecen eventualmente por aquí en la noche.

Durante las comidas Nora me retira y acerca los platos, me pasa el pan, el salero, el agua y la fruta. Cristina habla acerca de películas, discos, coches último modelo y, especialmente, de las banalidades que ocurren en la clínica donde hace sus prácticas de odontología.

Me fastidian las sobremesas. Sin embargo, debo permanecer adherido a la silla en espera de que Cristina haga una pausa en su relato. Ayer me vi obligado a cortarla diciendo que había hecho planes para asistir a la última función de cine.

—¡Ah! —exclamó Cristina—. Es la función que prefiero. El público es limitado y no hace calor.

Me encogí de hombros. Estaba a punto de levantarme cuando Cristina inquirió por el director y los protagonistas.

—Woody Allen. ¿Te gusta Woody Allen? —dije.

—No pueden gustarme los hombres feos.

—Me refiero a sus logros como creador cinematográfico.

—¡Yo quiero ver a Woody! —gritó Nora clavando la mirada suplicante en mamá.

La señora hizo un gesto entre indeciso y apurado.

—No cuenten conmigo —advirtió Cristina—. Necesito revisar para mañana una técnica quirúrgica.

Hubo un silencio.

—Bueno —dije con voz indecisa volviéndome hacia Nora—; espero que me aceptes como único compañero.

Pensé que Nora tenía unas ideas descabelladas y que mamá las rechazaría. Pero dijo sí, al parecer bastante complacida.

Nora tardó más de la cuenta en el arreglo de tocador y fue necesario echar una carrera hasta la pensión de coches. No podía admitir que estuviera a mi lado. Que se hubiera atrevido a tanto. Las posibilidades sexuales de la oscura sala de cine me excitaban en la misma medida que me aterrorizaban. Los besos y los apretones estaban asegurados. Sí, ¿pero qué vendría después?

Al entrar en la sala me extrañó que se encaminara hacia el pasillo central. Estaba seguro de que elegiría el rinconcito de los enamorados. Donde es posible meter mano. Pues no. Se detuvo en el medio. A campo abierto. En el sitio ideal para estudiar la película en los diversos ángulos posibles.

Antes de tomar asiento, se volvió hacia mí.

—¿Te parece bien el lugar? —dijo.

—Sí, claro que sí.

—¿De veras está bien? Yo no soporto quedar cerca o lejos de la pantalla. Ni mucho menos en cualquiera de los costados.

Aún de pie, lanzó una ojeada en redondo. Radiante. Convencida de su poder de seducción. Luciendo aquella erguida figura tan llena de atractivos. Llamó la atención apenas un minuto antes de que reinara la oscuridad en la sala. Pensé fugazmente que la preferencia por el punto central no podía ser ajena a su afán exhibicionista.

Me imaginé que Nora, con esa inquietud que tiene, se pondría en acción al momento. Sin embargo, se mantuvo quieta. Después de unos quince largos minutos de espera indagué sus intenciones con el robillo del ojo: miraba fijamente la pantalla. Me extrañó su pasividad. Conjeturé que en esta ocasión quería que yo asumiera el papel de emprendedor. Pero la timidez y el miedo de cometer un error me impedían actuar. Después de otros quince minutos todavía no sabía cómo proceder. Me dominaba la lujuria. Y la idea de que Nora, encubiertamente, codiciaba unos buenos apretones. Bueno; empezaría aproximando mi rodilla a la suya. Sería un toquecito sugestivo y a la vez irresponsable. Algo en apariencia casual que, según la respuesta, me permitiera avanzar o retroceder. Pero de pronto me asaltó la idea de que Nora no tenía interés erótico alguno. Interpretaría ese toquecito como una agresión. Me exhibiría ante ella como un tipo vulgar. Muy deprimente para mí.

Y, de todos modos, resultaría demasiado comprometedor si era bien recibido.

Permanecí inmóvil. Haciendo esfuerzos por adentrarme en el tema de la película. Irritado por la indiferencia de Nora. Tratando de persuadirme de que había obtenido una significativa victoria sobre mí mismo.

8

Invento maravillosas posibilidades sexuales con las mujeres que me rodean. Incluida la señora Raquel. Hasta el presente, las mujeres maduras no contaban en mis orgías mentales. Mi casera las rescató de esta injusta indiferencia. A pesar de la disparatada pretensión de ocultar los pormenores de su cuerpo usando vestidos recatados.

Me gustan sus canciones. Su voz tiene escaso volumen, pero sabe dulcificarla, modular cada nota con resonancias de un vivo sentimiento. En la soledad en que vivimos ella y yo, pienso que me dedica sus canciones. Que la pasión que pone en ellas es la pasión que siente por mí.

La acecho libidinosamente desde el pasillo de mi habitación y la azotea. La veo (o la oigo) recorrer la casa, abrir cajones, regar macetas, revisar armarios, impartir instrucciones a las sirvientas hasta que todo queda limpio y pulcro. Supongo que advierte mi espionaje. Porque me dedica discretos gestos de reproche, que no me arredran, por cierto. Entre más tonta es mi manía sexual, más me aferro a ella.

Hoy faltaron las hijas durante la cena. Pero en la cocina estaban las tres sirvientas. Con semejante protección la señora se atrevió a ocupar su sitio ante la mesa, sólo para hacerme compañía, ya que no tomó un solo bocado. Mientras yo cenaba ella permaneció callada y tiesa: no era agradable verla.

Al terminar pensé en dar las gracias y salir. Pero antes se me ocurrió mencionar una banalidad.

—Eché de menos la charla de Cristina —dije.

—Habla en exceso.

—Por fortuna. Parece tomar la vida alegremente.

—Demasiado. Por la tarde asistieron a la despedida de soltera de una amiga y en este momento asisten a la celebración del cumpleaños de otra amiga. No sé cómo se las arreglan los jóvenes para soportar semejante número de fiestas.

—¿Son realmente frecuentes?

—Y además desordenadas.

—Pensé que aceptaba de buen grado el nuevo estilo.

La dueña de casa puso una cara de asombro.

—Por favor. ¿Cómo puede creer eso?

—Les permite asistir.

—No puedo hacer otra cosa.

—Bueno; confía en ellas.

—Por completo. No siempre hacen lo apropiado. Pero en el fondo observan los principios. Mis hijas son mujeres de principios.

Lo recalcó en un tono que ponía a salvo la condición incorruptible de sus hijas, pero especialmente la de ella misma. En un tono dirigido a desalentar cualquier torpe esperanza. En un tono semejante al que usaría en el caso de ser objeto de una minúscula insinuación sexual.

9

Al entrar a casa después de la última clase tuve la sensación de que estaba vacía. La señora había desaparecido. Y Nora y Cristina no se presentaron a la hora habitual. La sensación de extrañeza del principio se transformó en malestar. Sólo cuando la cocinera me llamó a comer se disipó el misterio: la nieta estaba afectada de varicela y la familia se había trasladado a casa de Homero para mirarla. Me indigné. Yo requería exactamente lo mismo.

—La varicela es un padecimiento benigno —dije.

—Es igual. Cuando la niña se enferma corren a su lado para cuidarla.

Estuve a punto de añadir que eso me parecía muy tonto, pero guardé silencio. Por la tarde estuve dando vueltas en la plazuela y recorriendo las calles vecinas. Tenía la sensación de que si las mujeres no volvían al instante, incurriría en un desatino. Enfurecía

contra mí al reconocer que le daba excesiva importancia a un hecho no sólo irrelevante, sino además transitorio.

La cena no contribuyó a relajarme. Seguía pensando que la pensión no era mi hogar. Que todos mis hogares no me pertenecían. Cuando salía del comedor rumbo a mi cuarto, escuché el ruido de la cortina de la cochera al levantarse. Atravesé la sala y subí la escalera corriendo. Entré, cerré la puerta y permanecí inmóvil, atento a los pasos calmados de las tres mujeres a través de la escalera de la calle y el pasillo. Ninguna de ellas pronunció una palabra. Me embargaba una suerte de alegría, una suerte de temor, una suerte de odio.

No soporté la televisión ni la lectura. Tampoco pude escribir. Tenía fuego en la parte de atrás de la cabeza y en la nuca, hasta la espalda y los brazos. ¡Dios! Nunca esperé verme tan afectado por tan poco.

Después de mucho rato sentí que me ahogaba y salí a la azotea. Pero no encontré en la noche el alivio que esperaba. Sentado sobre la cornisa, pensé en la necesidad de tener una mujer a quien amar, un punto de apoyo para desterrar las iras, frustraciones y temores. Para suprimir la idea del suicidio. Pero apenas imaginé que esa mujer podía ser Nora, experimenté el impulso de lanzarme de cabeza hacia la banqueta de la calle. No podía hacer nada mejor. Era incapaz de utilizar el revólver. Pues allí estaba la solución: el ligero impulso hacia abajo. Se agudizó a tal grado aquella seducción, que opté por volver a mi pieza.

Al día siguiente Cristina comentó que la niña tenía unas cuantas lesiones en la cara y la espalda ; que se comportaba normalmente.

—Lo cual significa que regresarán —dije.

—Al contrario. La enfermedad es larga y contagiosa y la niña no puede jugar con sus amiguitos. Así que nosotras tenemos que jugar con ella.

No conseguí superar el malestar. La tensión tironeaba sin piedad mi ser interno. Tenía pesadillas durante la noche y, al despertar, mi estado consciente era todavía más angustioso. Una buena parte de mí quería huir de casa antes que enfrentar aquel estado de cosas. Es mi único recurso: darme a la fuga. Y el viernes a hora temprana partí a Uruapan.

La víspera coincidí con Nora en la sala y me preguntó si la cocinera me atendía bien.

—De lo mejor —dije.

—Le tenemos mucha confianza.

—Claro, claro, es totalmente confiable.

—Así que estás en buenas manos.

Enfurecí. Pensaba que Nora *debía* estar a mi lado cuando me- nos durante las comidas. Siguió hacia la planta baja sin inmutarse. Marché detrás de ella ardiendo en deseos de manifestarle de alguna fea manera que se había portado como una estúpida. Quería hacerle sentir que su indiferencia me importaba un carajo. Me encaminé a la Facultad. Pero claro, sin haber tomado el desquite.

10

Habitar la casa paterna me sienta bien. Me parece un lugar estable, no por completo de mi gusto, pero estable. En él se apacigua la obsesión suicida. Pero un poco después de mi llegada surgen otras ideas fijas, verdaderos remolinos que agitan mi mundo interior y me obligan a huir. Empiezo a pensar en que soy un parásito, mientras que mi hermana Alicia, sin pavonearse, se revela como un portento administrando la huerta de aguacates y la ferretería de mi padre. Lo cual supone, dada su incurable aversión al matrimonio, que me está enriqueciendo sin costo alguno para mí.

Empiezo a considerar que soy ese hijo que nunca termina de crecer; que una vez graduado, según el ideal paterno, haré un brillante papel solucionando los inexistentes problemas jurídicos de sus empresas; que siendo propietario de un coche deportivo y teniendo libre acceso a la cueva del tesoro, no soy dueño, sin embargo, de nada.

¿Qué puedo reprocharles a mis familiares? Ellos parecen decir: no gastes el cerebro en el estudio porque entre nosotros las cuestiones de Derecho se arreglan de manera torcida, tú gózala, Gastón, eso no tiene nada de malo, que del resto nosotros nos hacemos cargo. Ellos hacen lo suyo. Lo advierto y no me opongo. Porque al fin y al cabo me importa un rábano, digo. Pero lo digo como un mero desahogo.

Escapo de casa sólo para regresar casi apuradamente. Dominado por un sentimiento de rebeldía y a la vez de sumisión. No surgen problemas durante las visitas de fin de semana, sólo en el curso de permanencias prolongadas. Claro que no puedo alejarme de casa por largo tiempo, ni menos todavía vivir a gran distancia de Uruapan. La proximidad de Alicia representa una necesidad vital. El trecho entre ella y yo debe cubrirse en dos horas de marcha, todo lo más. Por esta razón decidí estudiar en la Universidad de Morelia.

Me libera del completo aniquilamiento pensar que nadie le impuso a Alicia el deber de ampararme en forma tan abrumadora. Es una carga que lleva por su cuenta y riesgo. ¿Qué razón tuvo para echársela encima? La necesidad de crear una imagen más o menos decorosa a su fracaso sentimental y sexual. Ella parece sobrellevar la carga satisfactoriamente. Pero a mí, ¿por qué me resulta tan exasperante soportar el peso de su amor?

11

Después de comer leí un rato y luego salí al pasillo de mi pieza. A pesar de que el sol empezaba a declinar calentaba las azoteas con toda su fuerza. Miré hacia las lomas de Santa María. Cada día estoy más necesitado de contemplar este paisaje. Supongo que ya estoy unido a él por un lazo secreto, por una relación apasionada.

De repente salió Nora de la sala y enfiló hacia la escalera. Me descubrió y se detuvo en el primer escalón. Abrió los brazos para apoyar las manos en los barandales y volvió el rostro hacia mí. Sus ojos me miraron escrutadoramente. Llevaba un vestido blanco que hacía resaltar su tez morena.

—¿Sales tú también? —dijo, como insinuando la posibilidad de marchar juntos.

—No, no ahora.

—Yo estoy retrasada.

—Necesitas correr, entonces.

—¿Qué planes tienes para la noche?

—Estudiar, Nora, estudiar mucho.

—Bueno; adiós.

Bajó los dos tramos de la escalera precipitadamente, pero se detuvo en seco al final y volvió los ojos hacia lo alto, gritando:

—Tengo un trabajo escolar muy especializado: las sociedades mercantiles aplicadas a los servicios turísticos. Tú puedes ayudarme.

Sospeché una trampa y vacilé unos segundos antes de contestar.

—Lo haré con mucho gusto.

—Te lo agradezco. Espero que no pienses que soy aprovechada.

—Nada de eso.

Agitó la mano y desapareció en el pasillo que conduce a la calle. Me pregunto qué es lo que trama ahora. Un mayor acercamiento, supongo. Que por cierto no conseguirá. Conservaré la distancia. Prefiero pasar por torpe o desatento, incluso por indiferente a los atractivos femeninos.

Estos incidentes se repiten en mil formas. Son inevitables. A veces me hacen reír; pero siempre me ponen nervioso. Temo que Nora, al paso del tiempo, obtenga lo que quiere. Temo que me haga pensar que es la “buena esposa” que requiero. Que debo tomarla porque representa la imposición del destino.

12

Al salir hacia la Facultad eché un vistazo al espejo. Me devolvió una imagen rara, casi deformada. De pronto tuve la impresión de que me encontraba ante uno de esos espejos que distorsionan las imágenes. Sin embargo se trataba de *ÉL*, sólo que con un rostro caricaturesco. Quise continuar mi camino. No tenía ganas de hablar con enemigos esa mañana. No tenía ganas de hablar con nadie. El caso es que permanecí inmóvil, mirándolo cara a cara.

ÉL: Je, je, je. Ya no te ves tan guapo, ¿verdad? También es visible el agotamiento. Desaparece velozmente aquella atracción que tenías.

YO: La verdad es que eso me tiene sin cuidado.

ÉL: Son los efectos de la masturbación excesiva. No puede tratarse de otra cosa. Claro: te sobrepasas y enseguida viene la ruina.

YO: Nunca me he sentido tan saludable como ahora.

ÉL: Te comportas como cualquier tramposo. Antes que encarar la realidad, prefieres ignorarla.

YO: Juzgas el caso equivocadamente. Por lo demás, yo sé lo que hago.

ÉL: Ay, Gastón, ¿cómo puedes caer en semejante engaño? Te masturbas en forma desenfrenada. Noche tras noche. Y con bastante frecuencia día y noche. Se trata de un auténtico maratón puñetero.

YO: ¡Cierra esa bocaza!

ÉL: Concédeme un momento, un momento.

YO: Eres inoportuno.

ÉL: Tienes otros problemas, como esa tendencia al suicidio que no has tenido valor de realizar. Pero el deterioro actual proviene de ese exceso que tú mismo, en el fondo, admites sin dificultad. Apuesto a que te sientes rendido y hasta un poco abrutado.

YO: ¡Qué tonto eres! En esa materia, nunca voy más allá de lo que la naturaleza necesita. Sencillamente, no podría rebasarla.

ÉL: El instinto del placer engaña. Y también destruye.

YO: No en mi persona, te lo aseguro.

ÉL: Muy bien. Adelante. Si a través de la puñeta buscas alcanzar la autodestrucción que no puedes obtener por otros medios, adelante. No me opongo. ¡Adelante!

YO: ¡Estoy harto! Ahora, ¿quieres hacer el favor de desaparecer?

ÉL: Por supuesto. No tengo mucho que hacer aquí. Sólo quiero pedirte que observes con detenimiento tu cara marchita. De manzana asada. De hombre acabado. Y procede como te parezca mejor.

Un poco deteriorado sí que estoy. Como socavado interiormente. Y pálido. Pero más bien por vivir en la inmovilidad y la sombra.

Encontrar la imagen de ÉL en el espejo es un infierno. Pero su ausencia prolongada también es un infierno.

13

Entré a casa cuando salían las dos hermanas. Cristina llevaba su cámara fotográfica y al instante comenzó a disparar contra mí. Puso a Nora a mi lado y clic, clic, clic. Le gusta sacar muchas fotografías. Me obligó a sonreír ante la cámara. Obedecí a regañar-

dientes y, claro, el resultado serán unas fotografías de risa loca. Después me cogió del brazo y me arrastró hacia la calle.

—Es un rapto —explicó—. Para que dejes de estudiar un poco porque, aunque no lo creas, el cerebro también se fatiga. Te agrada nuestra compañía. Vamos de compras y a dejar el rollo de fotos en el taller de revelado.

Contra lo que esperaba, soporté bien el recorrido por los grandes almacenes. Soy indiferente a la adquisición de ropa y artículos ociosos. Pero qué pasión la de Nora por vestidos, zapatos, perfumes, bolsas, bisutería. Todos los artículos expuestos despertaban su curiosidad. De vez en cuando hacía una elección. Parece disponer de dinero propio. O tal vez sólo acude a mamá, que con una sonrisa de resignación cubre los pagarés de las tarjetas de crédito.

De regreso a casa nos detuvimos en la feria que acaba de instalarse en la plazuela. Fue un asunto que despachamos de prisa. Por una parte, Nora no llegó a embelesarse por las chácharas que ofrecían en los puestos. Por otra, apenas si era posible dar un paso: una multitud de compradores y curiosos invadía los accesos. Había anochecido y tomamos asiento en la banca del laurel, frente a la casa. La arenga pintoresca del vendedor de remedios; aquella muchedumbre; los chiquillos cruzándose a toda carrera figurando una intrincada malla en los prados del jardín; los magnavoces funcionando a todo volumen; todo esto, mezclado, formaba una barahúnda insoportable. Pero Nora parecía muy complacida: había cruzado las piernas y apoyaba sobre la banca sus amadas nalgas con el abandono del que la está pasando maravillosamente.

De repente Cristina cogió los paquetes de las compras, dijo que necesitaba saber cómo estaba mamá y se marchó. Empezó a protestar mi yo escondido. Ensordecía la voz del merolico: llévase una caja de Ri-no-bi-lo-si-na, tome dos pastillas por la mañana y dos por la noche y olvídense de los males digestivos, de los cólicos, de los sofocamientos, de esas bilis tan molestas causadas por los sustos, por los corajes, por los contratiempos. Al principio me reí; pero un rato después resultó fatigosa aquella perorata. Perforaba los oídos: la Ri-no-bi-lo-si-na deshace los tumores intestinales, quita el empacho y el estreñimiento, llévase una caja de Rinobilo-sina por el módico precio de mil pesos, o el tratamiento completo

de tres cajas por sólo dos mil pesos a precio de oferta por este único día, no es caro, no está gastando usted una fortuna...

Nora tampoco la soportó. Sin previo aviso se puso de pie. Me cogió del brazo y cruzamos la calle. Me molesta que se tome este tipo de familiaridades porque sé que es para excitarme. Para ganar la plaza atacando por el punto más débil. Cuando llegamos a la puerta, me soltó y subió rápidamente hasta el rellano de la escalera. Se volvió hacia mí, ligera y arrogante, adoptando un poco en broma la postura de una artista en el escenario. Como si estuviera a punto de ser iluminada por múltiples reflectores. Pensé que aquello era demasiado. Pero también pensé que ante una figura tan ondulante estaba obligado a ser indulgente a cualquier precio.

Una vez a su lado volvió a cogerme del brazo y subimos lentamente. Su cuerpo se pegó tanto al mío que me transmitía su calor. Sentía en mi brazo la presión de su seno y en mi cadera el tenso movimiento de la suya. En el trayecto hasta la sala, más que excitación, sentí ganas de pegarle.

14

Al regreso del cine voy pensando en sentarme a ver un video porno que adquirí recientemente. O en llevarme a la cama un libro de Thomas Bernhard; tal vez me gusta porque algunas de sus pesadillas son similares a las mías. Tampoco estaría mal entretenerme con algún noticiero. Pero al entrar en la habitación descubro sobre el cojín una nota que dice: "Te esperamos en casa durante más de una hora. Estamos con Elvia, a quien ya conoces. Llama tan pronto como llegues. Es asunto de vida o muerte. Sé lo que vas a pensar: que no es cierto. De todos modos llama. El número está sobre la mesita del teléfono. Cristina".

Antes de terminar la lectura, empieza a sonar el teléfono. Pienso que es Cristina. No deseo contestar. De todos modos no me queda otra opción.

—Dejé escrito que tomaras el teléfono tan pronto como regresaras, Gastón —dice con voz indignada.

—Estoy leyendo tu nota.

—Mira: la fiesta de cumpleaños de Elvia es de parejas. Nadie debe faltar ni sobrar. Nora invitó a Armando, el cuñado de Homero, ya te has encontrado con él. Habló desde Guanajuato: le fue imposible venir. ¿Te das cuenta? Unos cuantos tragos no te harán daño. Las señas de la casa están junto al número del teléfono. Conoces bien la calle. Te concedemos diez minutos para llegar.

Encuentro que hay gran animación. Elvia no hace otra cosa que ofrecer bebidas. Los discos giran continuamente. Nora tiene un aire de chiquilla traviesa. Sus tostadas mejillas están encendidas. Bailamos como demonios, muy juntos, o bien, separados. Y sin dejar de sonreír. Cuando nos despedimos de Elvia, Nora insiste en subir a mi coche en vez de acompañar a Cristina. Sin embargo, durante el trayecto a casa no me toca ni siquiera con la punta del dedo. Encontramos sin luz la pensión de coches y salimos a la calle tanteando el suelo; y evitando tocarnos en medio de aquella oscuridad. En la sala, veo que Cristina oscila un poco.

—Te invito a tomar un último trago —dice.

—¿Qué has dicho

—Lo que he dicho —responde en actitud desafiante.

—Te lo agradezco de veras; pero no.

Me besa en la mejilla y entra en su pieza.

—¿Crees realmente que deseaba eso? —pregunto a Nora, que permanece ante mí con su sonrisita.

—¿Y tú?

—Siento que no.

Me coge las manos, mirándome con intensidad. No sé qué hacer.

—Bueno —digo—. Hasta mañana.

Asiente moviendo la cabeza y apretando los labios. Pero no se mueve. Los ojos y la presión de sus manos dicen: *lánzate, estamos solos, tú, yo, y nuestros sexos, ¿no tienes ganas de lanzarte? Lo haría de buena gana, pero no es gratis, Nora, no es gratis, así que mejor no.*

—Gracias —dice.

—¿Pero por qué?

—Aceptaste substituir a mi pareja.

—Te aseguro que resultó de lo mejor.

Me inclino a besar su mejilla, pero ella me ofrece los labios, que apenas rozo. Siento la presión de sus manos en las mías. Un poco avergonzado, pero no cedo un ápice.

—¿Te parece que estoy borracha? —pregunta.

—Ni siquiera.

—Pues me siento algo borracha.

—No pasa de ser una mera sensación.

Me besa en la boca nuevamente.

—¿Crees ahora que estoy borracha?

—Lo que creo es que necesitamos dormir.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro. Es demasiado tarde.

—Entonces a la cama.

Hace un curioso gesto ambiguo, vuelve a besarme y entra en su habitación. Yo me encamino hacia la mía pensando en que derrocho absurdamente atractivas ofertas y en que debo cambiar mi actitud respecto a Nora.

15

Durante la cena me presentaron a una de las dos pensionistas que estudiarán con Zalce. Llegó hoy. Para empezar, hizo un despliegue de finura y discreción. A la altura de la burguesía culta. Mostró a leguas que no recibe órdenes de papá. Ni de nadie. A los veintidós años de edad, la envuelve un aire que anuncia: a mí no se me puede tocar nada; ni un centímetro.

Con nosotros, así de pronto, Amelia conservó su discreción. Habló de que le gusta la escultura, sin practicarla; de que le interesa la artesanía fina, creativa, original, la que inventa Zalce en Michoacán y que puede transformarse fácilmente en buenos dólares. Habló de que su compañera ausente, Valeria, también tiene puestos los ojos en la exportación de esa artesanía selecta, pero que es tan imprevisible en sus planes que bien puede llegar mañana, dentro de un mes o dentro de nunca. Habló de la Universidad de Londres: un mundo que se fue alejando de ella en diversos puntos de fuga, ofreciéndole una sola compensación: un asentamiento europeo que le permitió saltar a distintos lugares intere-

santes, pero igualmente vacíos. Así que mucho antes de regresar ya le había adjudicado a su país un valor inalterable.

Tiene un trasero discreto, como ella misma, y muslos gruesos. Me pregunté si su emancipación le permitiría ir a la cama después del asedio imprescindible. La respuesta fue negativa. Pidió café para más tarde. ¿Es bueno el café?, preguntó. Ya en la cama acostumbra leer, fumar y tomar café.

Estuve bastante solícito con ella. Quería causarle una buena impresión, no sé por qué. Me veía raro a mí mismo ofreciéndole el salero, preguntándole qué necesitaba, qué apetecía. Ella sólo movía la cabeza de derecha a izquierda. Sin gracia alguna, por cierto.

16

A causa de mi aislamiento, Nora y Cristina me llaman el "huidizo". Supongo que no tanto por mi reclusión, sino por el desinterés que muestro a su compañía.

—Es el colmo de la mala educación levantarse de la mesa inmediatamente después de tomar el último bocado —reprochó Cristina.

—Perdona. Soy un desastre en esa materia.

—Puede corregirse, ¿no?

—Arruinaría mi trabajo. Recuerda que estoy organizando los temas de mi tesis.

—No debe estudiarse después de tomar los alimentos. Cada actividad tiene su hora apropiada.

No supe qué responder y ella, envalentonada, hizo un nuevo reproche.

—Sin embargo, desde que llegó Amelia, prolongas demasiado la sobremesa...

Una voz protestó en mi interior. Desde luego, no admito que Amelia me tenga fascinado. Tampoco me quedo por mera sociabilidad, no, no lo creo. Simplemente quiero levantarme de la silla y no consigo hacerlo. La presencia de Amelia me paraliza. Tal vez intervengan motivos circunstanciales: charlas sobre temas novedosos, la figura de una mujer atractiva sentada frente a mí, la oportunidad de eludir por un rato mis tribulaciones.

Amelia tiene un rostro agradable. Su cuerpo es adecuado, no está mal. Me gusta que no trate de actuar, que no tenga la idea de que es sensacional. No parece advertir los sueltos movimientos de sus buenos pechos redondos. Pero es demasiado seca. No me lanza miraditas. Contigo no se puede pensar en una aventurita agradable. Sin embargo, anoche soñé que estaba bien cogido de tus tetas. ¿Eres en verdad tan terriblemente seria como creo que eres?

17

Se indispuso mi padre imprevistamente y tuve que partir hacia Uruapan muy temprano. Y resulta que al desembocar en la sala de repente me encontré con Raquel. En el primer instante quiso retroceder. Luego avanzó un paso y se inmovilizó.

—Disculpe, Gastón. Qué pena. No esperaba encontrarlo.

—Buenos días, señora. Le informé ayer que partiría en cuanto amaneciera.

Suspiró. Miró en torno, llena de angustia. Tenía el cabello revuelto. Vestía camisón y bata ligera. Con un brazo se cubría los senos y con la mano del otro sujetaba la bata a la altura del pubis. Titubeó entre volverse de espaldas, entrar en su habitación u ocultarse bajo la tierra. Moverse un poco en cualquier dirección significaba dejar entrever su anatomía. Su patética desesperación me conmovió.

—Con su permiso —dije, y seguí mi camino.

Tenía ganas de volver sobre mis pasos y excusarme; de rogarle que olvidara el encuentro; de manifestarle que por mi parte lo borraría de la memoria porque en realidad no valía la pena.

Durante el camino, sin embargo, el encuentro siguió trotando en mi cerebro. De una reflexión brotaba otra. Hasta que de pronto me pregunté qué pitos tocaba Raquel en la sala a esa hora inusitada. Recorre continuamente la casa fijándose en los detalles más nimios. Con un deleite sólo conocido por ella. Pero en horas normales de trabajo, nunca al despuntar el día. Si me evita cuanto más puede, ¿por qué se expuso al encuentro sabiendo, como sabía, que yo atravesaría la sala a primera hora de la mañana? Y algo todavía peor: estaba en ropa de cama, sin arreglarse el pelo ni

aplicarse un toquecito de maquillaje. ¿Imaginó que había partido antes, o que me pondría en camino más tarde? ¿Qué ocurrió verdaderamente, Raquel?

Me asaltó incluso la sospecha de que el encuentro fue deliberado; de que la muy zorra trató de impresionarme recurriendo a esa argucia tan burda. Pero no. El encuentro fue casual. De lo contrario, ¿de dónde pudo sacar el pavor y la vergüenza que afloraron a su rostro?

Raquel cree en la virtud. La exhibe y la practica. No es el caso de la señora libidinosa que finalmente echa en saco roto la fidelidad que le debe a su marido muerto hace cien años. No, Raquel está por encima de la más leve sospecha. Sin embargo, continúa extrañándose su presencia en la sala a esa hora desacostumbrada; que haya olvidado mi aviso de salida; que no escuchara el ruido de la puerta de mi habitación cuando la abrí y la cerré: no tomé providencia alguna para evitar el ruido. La extrañeza es la punta de la duda. Y la duda ha representado siempre uno de mis ataques malignos.

18

Supongo que la señora no se adapta aún a la convivencia con un hombre. Es rica. La pensión sólo representa una manera de ocuparse en algo. Admite exclusivamente mujeres. Y si yo me colé es porque existe esta habitación independiente ubicada en la azotea, y porque amigos comunes le garantizaron que yo era un alma de Dios. Tal vez deplora haberme aceptado. Le proporciono días intranquilos. Si no abrigara la esperanza de que me convierta en esposo de su hija, con toda certeza que ya me hubiera echado.

Después del episodio de la sala evita todo encuentro a solas. Se esconde francamente, como diciendo: usted no creerá que yo me puse allí a propósito, ¿verdad?, yo no soy de esas. Por lo que a mí toca, me intriga y divierte seguir jugando a ese juego.

Hoy estaba en el pasillo arreglando sus macetas cuando llegué a casa. Advirtió mi presencia y se deslizó hacia el comedor solapadamente. Ay, Raquel. Con tu actitud muestras un aspecto de tu vida interior que conduce a suponer varias cosas, sin excluir

aquellas de naturaleza sexual, aunque, naturalmente, no descarto la posibilidad de estar equivocado.

Por la noche, después de cenar, sólo permanecemos de sobremesa la señora, Amelia y yo. Amelia salió para atender una larga distancia. Y apenas quedamos solos Raquel se intranquilizó. Como si la estuvieran atravesando impertinentes y culpables ideas. A ella no se le ocurrió nada qué decir. Ni a mí. Lo único que se nos ocurrió fue levantarnos y decir buenas noches.

19

Recaída de papá y vuelta a Uruapan. Regresé hasta que su estado se volvió más o menos estable. Ayer telefoné Alicia y dijo que lo veía triste y demasiado pálido. Más tarde llamé yo: que dormía tranquilamente. Estaba demasiado nervioso, no soporté la habitación y salí a dar una vuelta. Recordé el tiempo en que mi padre me llevaba a la misa dominical y me obligaba a comulgar el día primero de cada mes. Me recomendaba que creyera en Dios para que no se me cerraran en la cara las puertas del cielo, para que me llenara de amor y estuviera lejos de la influencia del diablo. Pensé quedarme en la calle hasta muy tarde. Volví, sin embargo, a casa. Temía que pudieran telefonar para dar malas noticias. Ahora debo estar pegado al teléfono.

Después de la visita del médico llamó Alicia: que descontando circunstancias imprevisibles, papá mostraba tendencias a la recuperación. Experimenté un extraño desconcierto. Desconcierto, no alborozo. Tenía la idea fija de que papá fallecería inevitablemente.

Hace rato, desde Uruapan, mamá trató de decirme algo relativo a lo bien que se encuentra papá. No sé por qué razón cambió de tema.

La imagen de la última vez que lo vi en su cama de enfermo, se confunde en la mente con otras imágenes del tiempo en que gozaba de buena salud. Por ejemplo, lo recuerdo sentado a la cabecera de la mesa del comedor hablando largamente después de la cena. Evocando sus obsesiones. Las carencias de su infancia, las represiones de la adolescencia y la dura lucha para pasar de las ilusiones a la dorada realidad. Como tratando de recalcar que su situación actual era producto del sufrimiento y del esfuerzo, mientras que

la mía era un don caído del cielo. La Gran Vida recibida graciosamente.

Reconozco que mi padre es bastante mejor persona que yo y que muchas otras. Simpatizo con él. Me proporciona sin regateos ni condiciones más dinero del que necesito. Todo lo que hace me parece bueno. No abrigo duda alguna: lo quiero y deseo que conserve la vida muchos años. Y sin embargo, esperaba que falleciera. Su inesperada recuperación me produjo cierto malestar, un irritante desengaño. Como el que debe experimentar un heredero frustrado. Digo, ¿por qué rumbos extraviados condené a muerte a mi padre? Por uno solamente: el de la maldad.

20

Después de cenar, la señora preparó un aromático ponche de frutas con una buena dosis de brandy. Para entrar en calor. Incluso la recatada Amelia contribuyó a consumirlo. Amelia estaba contenta, qué contenta estaba. Amelia, mujer, no lo hubiera creído. Sin apartarse de su buen tono despachó el contenido de tres o cuatro tazas. Cristina agregaba más licor a su propia ración con un vasito verde y pesado por el que siente gran predilección.

Cuando agotamos el ponche, Cristina propuso dar unas vueltas por la plazuela. Cristina y Amelia se adelantaron, mientras que Nora y yo marchamos detrás. Nadie dispuso esta colocación. Yo no la deseaba. Sin embargo parece inevitable, o más bien natural, que en cualquier clase de reunión Nora y yo permanezcamos juntos. Como si nos impulsara a ello una relación amorosa. Un noviazgo tácito, en suma.

Después de la primera vuelta, así, imprevisamente, sentí ganas de rodear a Nora con mi brazo y atraerla hacia mí para caminar enlazados, como hacen las parejas de enamorados. Por supuesto que las reprimí desde el primer momento.

De repente Cristina se volvió hacia mí.

—No tienes más remedio que fijar fecha para ese viaje a Uruapan tan ofrecido.

—Pero, Cristina, sabes de sobra que son ustedes las que deben tomar la decisión.

—Tú no puedes ignorarlo: tenías enfermo en casa.

—Mi padre se encuentra ahora más que bien.

—Está hecho, entonces: para el sábado próximo.

En imágenes retrospectivas, veo los sucesos que ocurrieron en Uruapan durante dos días. Son inquietantes las de Nora halagando a mi familia; la emprendió especialmente con papá. Veo a Nora en el momento de la despedida: besa a mi hermana con esa vehemencia dulzarrona que gastan las mujeres entre sí en ciertos momentos culminantes. Veo la exhibición del álbum de fotos familiares; mi propia historia a través de imágenes risibles: bautizo, pasos iniciales, primera comunión, fiestas de cumpleaños, desfiles deportivos en donde aparezco como abanderado, episodios familiares notables... Veo las miradas suspicaces que nos lanzan, primero a Nora y después a mí, o bien primero a mí y después a Nora. Veo escenas molestas: las del mutismo altanero de Amelia, a quien no le interesaron las chácharas artesanales uruapenses, ni menos aún la ciudad, tan abigarrada, apretada y ruidosa. Veo el súbito interés que parece haber surgido entre la familia de Nora y la mía. Veo sin sospechoso entendimiento. Algo que me desagrada y sobresalta.

Al despertar esta mañana me dolían el cuerpo y la cabeza. Recordé mi sueño: estaba encadenado y mi madre trataba de auxiliarme. Yo hacía esfuerzos titánicos para librarme de aquellas gruesas cadenas, mientras veía que Alicia y Nora me observaban riéndose irónicamente.

Nora lo hizo bien. La veo feliz. Fortalecida al comprobar una vez más la eficacia de su actuación como hija mimada. Como chica conocedora del valor de ese cuerpo que tiene. A quien le basta con proponerse algo para ganar la partida.

21

Pasa de la medianoche. Insomne, me abrumo barajando antiguas y nuevas obsesiones. Me siento exhausto y culpable. Miserable. En la disposición adecuada para optar por el desenlace ambicioso: el suicidio. Digo: si finalmente he de poner fin a mis días, y si por otra parte todo esto me parece repugnante, ¿por qué no saltar ahora mismo sobre el barandal de mi pasillo para estrellarme contra el piso de la planta baja?

De verdad estoy mal: me agitan oleadas de inconformidades y preocupaciones, a veces de meros desatinos. En el centro está Nora. No como una flor, o como un aire dulce, sino como una chica estúpida, sencillamente estúpida. Claro que en realidad no lo es. Lo que pasa es que no armonizamos. De todos modos permanece adherida a mi cuerpo. Yo tengo un modelo de mujer en el que ella no encaja. Valga lo que valga, es mi modelo. Y es lo que me enferma. Que Nora sea de las que dicen lo que se tiene que hacer. Y que yo no pueda soportar que nadie me diga lo que tengo que hacer.

El caso es que no paso de ser un suicida potencial. No puedo cortar los lazos que me unen a la vida. Para exorcizar a la muerte echo mano de recursos tan ingenuos como el de instalarme un rato en medio de la noche. Envuelto en la oscuridad, bajo el vasto firmamento, la sangre deja de latirme en los oídos. El viento frío suaviza la cólera. Respiro profundamente, es la primera providencia que tomo. Y poco a poco se corta el flujo de ingratos pensamientos.

Así que salgo a la azotea silenciando las pisadas, porque las habitaciones de la señora y las chicas están bajo mis pies. Ocupo mi lugar en la cornisa respirando tranquila y profundamente. Hasta ahora puede ser casualidad. Quizás lo sea. La cuestión es que cesa la agitación en la cabeza y empiezan a llamar mi atención las cosas simples del mundo exterior. Por ejemplo, miro hacia la calle Vasco de Quiroga y me doy cuenta de que el vigilante nocturno entra hasta el fondo del pasaje iluminado de la tienda Makali. Con la bufanda que envuelve su cuello y sube hasta media cara; con los brazos apretados al tronco y las manos hundidas en las bolsas de la chamarra. Es el refugio donde la pasa bien, dormitando a ratos, despreocupado de los maleantes.

Luego escucho un ruidito. Tal vez proviene de la habitación de Amelia, cuya ventana se encuentra bajo mis pies. Aferrado a la cornisa me inclino sobre el vacío, esforzándome en descubrir algo en el interior a través de las cortinas corridas. Sólo veo las rayas de luz en las orillas. No percibo ningún ruido. Vuelvo a mi posición, preguntándome qué puede estar haciendo Amelia a esas horas de la noche. Yo suelo masturbarme con la luz encendida. Tú gustas de leer, fumar y tomar café. ¿En qué otra cosa puedes estar ocupa-

da? No debo responder a la ligera. Es una cuestión delicada. Pero antes de pronunciarme por algo, no puedo dejar de pensar en tu soledad y en que no tienes compañero.

22

Nunca uso el coche para dirigirme a la Facultad, a menos que amenace lluvia o tenga prisa. Recorro la calle de Ortega y Montañez, cruzo el Bosque y la explanada donde se levanta la estatua ecuestre de Morelos y penetro en el edificio por la puerta lateral. Es la más inmediata a mi ruta y la menos concurrida. Detesto la aglomeración de la puerta principal.

En el aula tomo asiento en la primera silla de la última fila, frente a la puerta, detalle que me facilita salir en seguida al terminar la exposición. Desaparezco por ahí en espera de la siguiente clase. Voy a la biblioteca o a la librería de la calzada. O simplemente regreso a casa. Pocas veces me incorporo a los grupos que se forman en los corredores. No me gusta hablar de mí. Y menos aún escuchar las trivialidades de los compañeros.

Cualquier proyecto amistoso me produce una instantánea inconformidad. Soy refractario a la amistad. La amistad une a las personas. Les impone una dependencia mutua. Y es lo que no soporto: la dependencia. Pensar que tengo que ver al amigo diariamente o, al menos, con cierta frecuencia; que debemos ser tolerantes con nuestras debilidades; que entre nosotros debe haber franqueza y afecto; que estoy obligado a desahogarme con él y a escuchar sus desahogos; que debo recibirlo en mi casa y acudir a la suya, aceptando a sus amigos y parientes tal como son, y a la inversa; pensar que tengo que dividirme entre el amigo y yo cuando la verdad es que soy indivisible. ¡La locura! Cuanto más reflexiono acerca de todo esto, más lo rechazo. Yo soy capaz de establecer comunicación únicamente conmigo mismo. De tolerarme. De sufrirme. ¡Y basta! ¿Cómo, además, andar hacia arriba y hacia abajo con el amigo a cuestas?

Encontré a Nora en la sala retocando el arreglo floral destinado a la señora. Es su cumpleaños.

—¿Te parece bien? —dijo.

—Le concedo la mejor calificación.

—Es una idea exclusivamente mía —dijo, pavoneándose.

—No me sorprende el resultado.

Dejó en paz el ramo y desde su asiento se puso a mirarme. Lucía infinitamente deseable. Se me antojó cogerla de las manos, atraerla hacia mí y besarla. Pero no, no se trataba de algo que simplemente pudiera hacerse de improviso. Exigía un sitio y un momento adecuados, cuidadosamente preparados. Volvió a ocuparse del ramo. Pensé en que de veras tenía habilidad para disponer las flores y las hojas con aquellos movimientos tan delicados. También pensé en continuar mi camino. Pero de repente Nora se volvió con los brazos extendidos hacia mí. Entendí que solicitaba mi ayuda para ponerse de pie. Obedecí. El caso es que al levantarse me besó en los labios. Fue algo espontáneo y hasta gracioso que pareció complacer mucho a Nora. A mí, en cambio, me puso nervioso. Temía que apareciera la señora. Sin destabar sus manos de las mías permaneció muy cerca de mí, mirándome traviesamente. Todo comenzó a girar a mi alrededor. Quise apartarla un poco. Pero más bien quise escapar. En cualquier momento crítico sólo pienso en escapar. Es lo más fácil.

Volvió a referirse al arreglo floral.

—Admito que el ramo quedó bastante bien. Pero no negarás que puede mejorar —dijo.

—¿Te parecería impertinente que hiciera una sugerencia?

—No, no.

—La que hice antes: que no lo toques más.

Empezó a negar moviendo la cabeza.

—Siempre queda algo que no está en su lugar —insistió.

Seguía con las ganas de escapar; de deshacerme de sus manos, por lo menos. Me sorprendía aquella impasibilidad de Nora. De repente se oyó un estruendo proveniente de la cocina. Como si un buen número de trastos se hubiera derrumbado. Apareció la señora, que se encaminó a la cocina seguida de Nora.

Me alteran los besos de Nora, así se trate de estos besos fugaces, amistosos, como si dijéramos. Me producen visiones erótico-apocalípticas: que muy pronto Nora y yo nos acostaremos juntos; que el matrimonio resultará mal desde el principio, sólo para mí, naturalmente; que Nora me arrastrará a tiendas, bailes y restaurantes varias veces por semana...

Le advierto una insolente expresión que dice: es inútil que resistas, querido mío. Me subleva y aterra esta expresión. La certeza de Nora en que la acción de las fuerzas superiores están ordenando las cosas a su favor. Me subleva esa idea suya de que yo soy su pelele bueno y querido. Me subleva especialmente el hecho de que le asista la razón.

24

Cancelo mi viaje a Uruapan de fin de semana. Por pereza. Me fastidia el tramo de Pátzcuaro a Uruapan lleno de curvas. No soporto que los camiones cargueros marchen con lentitud, que sea difícil pasarlos y esté obligado a formar parte de las filas de vehículos que se forman detrás. Bien. Me he quedado. Aunque mi madre y Alicia no me lo perdonen.

Me levanto tarde y abro la puerta. Las lomas de Santa María y los cerros del fondo destacan con fuerza bajo el sol. Pongo atención en el rumor de voces que proviene de la sala. Reconozco la voz de Armando de la Maza, que no sólo es cuñado de Homero, sino galante amigo de Nora y personaje importante en esta casa. Dios mío, vaya día, sólo faltaba que apareciera Armando. Me disgusta su presencia, pero cuando lo encuentro no quiero ser desagradable. Lo único que quiero es no encontrarlo. Es arquitecto. Muy exitoso. Sin embargo, parece completamente equilibrado. Rebasa apenas los treinta años y ya muestra una tripa creciente y una punta de calvicie. Me resisto a ser su amigo. Una noche, durante la cena, nos pusimos a beber tinto y hablamos cordialmente. De todos modos me resisto a ser su amigo.

Intrigado por no sé qué, salgo al pasillo de mi habitación en el momento en que el grupo abandona la sala y se dirige hacia la escalera de la calle. Nora levanta la cabeza. Cada vez que entra o sa-

le de casa mira en dirección de mi pieza. Me ve todavía con atenuado de cama y no puede menos que extrañarse.

—¿Y eso qué? —pregunta—. ¿Te sientes enfermo?

—Buenos días —dice Armando.

—Me irrita este saludo tan lleno de cortesía.

—Nada —respondo—. Es únicamente pereza de día sábado.

—Ven con nosotros a nadar —dice Cristina.

—Ya sabes: he renunciado temporalmente al deporte.

—También sé que debes estudiar mucho —dijo, haciendo un gesto despectivo.

—Deseo que la pasen de lo mejor.

Nora agita la mano para decir adiós y empieza a bajar la escalera saltando, sí, saltando como una chiquilla.

Impresionante con el pantalón de tiro corto que enseña los muslos; impresionante con el breve saquito que permite ver la cintura desnuda con un ombligo perfecto; impresionante con las sandalias que dejan lucir los pequeños pies de uñas esmeralda. De repente me siento alarmado. Helado, a pesar de que el tiempo es magnífico. Con una dolorosa opresión en el pecho. Me llevo la mano a la frente, deplorando no haber partido a Uruapan. Tanto así, que se me antoja partir en seguida. Huir es lo que más deseo.

Al desaparecer el grupo por el pasillo de la calle todo queda en silencio. Levanto los ojos hacia las lomas de Santa María. Pero no las veo. Me quedo parado donde estoy, preguntándome qué es lo que pasa, si estoy afectado en serio. La respuesta es inmediata. Y afirmativa.

Me siento ridículo. Tipo idiota, digo. Entro en la habitación y llamo a Uruapan. Sostengo el teléfono con mano sudorosa. Hablo sentado sobre la cama. No sé qué dice Alicia. Tampoco sé lo que digo yo. Únicamente sé que no admito que Armando marche detrás de Nora con esa solicitud tan fina, de clase. Porque Armando tiene lo que se llama clase. No admito que la cuide como si se tratara de una niña. No admito que se quede a solas con ella ni siquiera un minuto. Como no admito que yo pueda tener injerencia en todo esto. Me afecta, no puedo negarlo. Pero, verdaderamente, no tengo por qué estar afectado.

Mientras las chicas terminan de arreglarse para asistir a la fiesta, cenamos en solitario la señora y yo. Amelia aún se encuentra en México. Al finalizar, la señora se oprime las sienes con los dedos, echa la cabeza hacia atrás y lanza un discreto suspiro. Me parece que tiene jaqueca; quiero preguntárselo; pero desisto; porque una vez iniciada la conversación no sé de qué manera continuarla. Pienso en levantarme para evitar la incomodidad de permanecer juntos sin pronunciar una palabra; pero la señora podría molestar; no puedo tolerar la situación. Entonces aparece Nora con su atavío deslumbrante. Parece sorprendida de su propio lucimiento. Obedezco el impulso y digo:

—Deslumbras, Nora.

—No es más que halago —dice, sin creerlo—. No te pongas así conmigo.

—Como para ser elegida reina de la fiesta.

Permanece erguida, proyectando su aura seductora y viéndome con una mirada vehemente. Un chal cuelga de su brazo. El vestido de noche de satén verde, muy escotado, deja al descubierto buena parte del pecho y la espalda. Destaca con fuerza su figura, produciendo al mismo tiempo un inquietante efecto de desnudez. Sobre la piel morena, brillan con luz singular aretes, collares y brazaletes. Pienso que todo esto es una provocación. Que Nora es un monstruo.

Llega Cristina muy apresurada, y también deslumbrante. Pero en seguida dice que ha olvidado los boletos de entrada y corre a buscarlos.

—Todavía puedes aceptar acompañarnos —dice Nora.

—Es preferible que no. Sería desplazado por tus admiradores.

Vuelve Cristina y dice que tienen media hora de retraso. Nora se pone el chal y me tiende las manos, que yo estrecho. Cierra los ojos como hacen los gatos cuando los acarician y me ofrece la mejilla, que rozo apenas con mis labios.

Salen casi corriendo. La señora va tras ellas hasta el primer escalón de la escalera de la calle.

—No quiero que lleguen después de la una —advierte la señora.

—Pierde cuidado —responde Cristina desde la puerta interior de la cochera—. En todo caso, Armando nos seguirá en su coche hasta la puerta de esta casa.

Apenas Cristina pronuncia el nombre de Armando, enfurezco con ese furor estúpido que suele atacarme. ¡Vaya cosa! ¿Qué tiene el nombre de Armando? No puede ser tan significativo. En fin, no se sabe. No es la primera vez. Subo a la pieza con la sensación de que Nora me traiciona. De que mi reacción es absurda. Tengo que hacer algo para evitarla. No sé exactamente qué. Pero no quiero convertirme en un juguete de ellos. Este es un momento crucial y debo usar bien el cerebro. Empiezo a preocuparme.

Instintivamente me llevo las manos a la nariz: hay un sutil vestigio del perfume de Nora. Me gusta su perfume y en otras ocasiones lo aspiro con fruición hasta que se desvanece. Pero ahora retiro las manos de la nariz, me apodero del pisapapeles y, apretando los dientes, reprimo las ganas de enviarlo contra el espejo de la consola.

26

Siempre he pensado en el suicidio. Al principio no muy a menudo. Era un tema como cualquier otro y, además, ajeno por completo a mi persona. Ahora es diferente: estoy involucrado en él y no puedo sacármelo de la cabeza.

A veces la idea del suicidio se manifiesta francamente y, a veces, se agazapa en su madriguera durante muchos días. Pero ahí está. No es tan imperiosa como para empujarme a poner fin a mis días; pero tampoco es tan blanda como para mantenerme en un estado de indiferencia. Es una idea obstinada, la del suicidio. Y cambiante. Se presenta como esperanza. Como vía desesperada de escape. Como juego. Como atracción fascinante. Y en ocasiones como una insoportable maldición. En todo caso, tiene tendencia a dominar mi mente. A convertirse en el centro de mi vida. Y al diablo con todo lo demás. ¿Qué puedo hacer yo con semejante idea? No puedo desecharla ni acatarla. Sólo soy capaz de soportarla.

Pienso continuamente en ese último acto. En realizarlo eficazmente. En aminorar su condición repelente. En revestirlo, diga-

mos, de cierta dignidad. Repasando los procedimientos de ejecución descarto, por ejemplo, el uso del arsénico. Siendo un acto de suprema libertad, ese recurso me parece lastimoso. Cruel. Produce quemazón y constricción en la garganta, vómitos biliosos o sanguinolentos, cólicos intolerables y, por si fuera poco, diarrea.

Tampoco optaría por el ahorcamiento. En el recinto casero, ¿dónde encontraría un firme soporte para asegurar la cuerda? Tendría que recurrir a un árbol de la plazuela. Es decir, transformaría un acto de conducta trascendente en un grotesco espectáculo público.

Acepto de buen grado los somníferos. Son confiables a dosis adecuada y si se evita el lavado gástrico de emergencia. Yo me encerraría en un cuarto de motel al comenzar la noche. Eligiría este momento porque lo detesto. En la anochecida me abruma la soledad y se agudiza el vacío de la existencia.

Me tienta la muerte por inmersión en el agua. Pero el mar está lejos. Y el suicidio es algo de ejecución inmediata. Suceso consecutivo a un momento crítico determinado. Nadaría mar adentro hasta el cansancio extremo para evitar la posibilidad de regresar a tierra. Pero existe una falla. Los médicos y la opinión pública harían diversas conjeturas. Y acaso predominara la del ahogamiento por imprudencia. La de la muerte estúpida. Entonces Alicia no se adjudicaría culpa alguna. Escaparía al remordimiento, a ese infierno al que quiero condenarla.

El uso del gas doméstico resulta impracticable. No puedo meterme en la cocina, cerrar la puerta y la ventana, sellar los resquicios y abrir la llave del gas.

Queda mi revólver. Obsequio de la misma Alicia. No es para que te defiendas contra los atracos, dijo, eso carece de importancia, es para que te sirva en ocasiones esenciales. Está aquí en el cajón del escritorio. A mi diestra. Literalmente al alcance de mi mano. No haría uso de él en esta casa. Ni en la paterna. Claro. Me gusta un paraje boscoso visible desde la carretera en las proximidades de Uruapan. Tiene acceso a través de una brecha. Es un terreno elevado, lleno de pinos jóvenes. Desde él debe contemplarse buena parte del paisaje del sur. Sin embargo, para el caso, esto resulta irrelevante. Se haría la identificación con mi tarjeta de visita, en la cual anotaría el número privado del teléfono

de Alicia. Este detalle sería el mensaje más directo y significativo que podría dirigirle.

Cada vez que paso ante este paraje pienso que es el lugar que me está destinado. Pero, al igual que la playa, tiene una limitación: estar fuera de mi alcance cuando lo requiera.

Acabo de conocer un procedimiento singular. Lo utilizó el novelista polaco Jerzy Kosinski: confeccionó una bolsa de plástico con una bastilla en la entrada para sujetar la cuerda corrediza, se metió en la bañera, colocó la bolsa sobre su cabeza y tiró de los extremos de la cuerda a la altura del cuello.

No produce ruidos. Es incruento. Practicable en casa. Eficaz. Puedo meterme en la tina vacía, vestido, cubriéndome incluso con una manta. Apagando la luz. Y en el momento de mayor desesperación. Les dejaré un globo hinchado con mi cabeza negra en su interior. Sin nota explicativa.

27

Cuando bajo a cenar encuentro que Armando está sentado ante la mesa, al lado de Amelia. Construye unos locales comerciales en un edificio que pertenece a la señora y viene a rendirle cuentas. Cuando coincidimos en el comedor lo oigo contar cosas interesantes. Es buen conversador. Todos lo escuchan con atención. Todos, excepto yo. Yo siento ganas de salir disparado del comedor. Me quedo por timidez. Porque es necesario guardar cierto grado de tolerancia. De todos modos, abandono el comedor cuando ya no soporto más.

Le insisten en que tome bocadillos y responde: "No, gracias, ya saben que estoy a régimen, pero aceptaría un trago más de tinto". La señora intenta inútilmente abrir otra botella. Con esa solicitud tan suya, acude a ayudar a la señora. Va a la cocina a buscar otras copas porque se trata de otra botella. Contra la oposición de la señora, que pretende hacerlo ella misma.

Con la mirada brillante, con su delicadeza y tacto, y también con la inspiración del tinto, declara su preferencia por Nora. Puramente fraternal, puntualiza, sin que nadie le solicite semejante precisión.

Nora abre los ojos al máximo y dice con orgullo:

—¿Ven?

—Desde que era pequeña —comenta la señora.

—Desde que estaba en la cuna —dice Cristina.

Responde un coro de risas.

Pienso que esa confesión gratuita no corresponde a la verdad. Que Nora ya no es una niña. Que ahora despierta otros sentimientos. No hay más que verla. Sin ser su hermano, Armando no puede reaccionar ante Nora en forma distinta que yo o que cualquier otro.

Después de la cena me encamino a la azotea. La luna brilla con intensidad, y también, a gran distancia, una pequeña estrella. Hay una inmensa paz en el cielo, que ahora no desciende hasta mí. No quiero engañarme y reconozco que, por lo que ve a Nora, las cosas han cambiado o que, al menos, empiezan a cambiar. Contra mi voluntad. Me aterra el cambio. Suponer que un nuevo dominio empieza a levantarse ante mí. Que al dominio de Alicia se añade otro más. Que tanto si ocurre una cosa como si ocurre otra, el dominio de Alicia se queda. Digo: ¿no basta un solo dominio?

28

Petra la cocinera fue la última persona con quien habló. Dice que por la tarde Antonia se comportó con naturalidad: ni alegre ni malhumorada. Menos aún mostró indicios de encontrarse enferma. Después del baño esperaba ver su telenovela. Insiste Petra en que Antonia estuvo tan atareada como cualquier otro día, incluso más atareada que habitualmente. Insiste en que una hora antes de su muerte la vio inclinada sobre las piñanonas del patio brillantando hoja tras hoja. Tenía el capricho de brillantar las hojas de las piñanonas mientras relataba episodios del tiempo en que había estado casada. Dice Petra que Antonia no presintió su próximo fin, porque había hecho planes de partir a Charo el domingo para ver a su familia. Cuenta Petra incansablemente que Antonia titubeó largo rato antes de elegir la ropa limpia que usaría después de bañarse; que no sabía si ponerse el vestido verde o el amarillo estampado; que se decidió por el verde porque era el más desgastado y porque al fin y al cabo, bromeó, esa noche no

tenía pensado asistir a ninguna fiesta. Petra hace hincapié en que, sin que viniera al caso, Antonia le tocó los brazos y los hombros, y al comprobar su dureza comentó: te criaron con leche; a mí con agua y aire: nací en el año del hambre. Dice Petra que en seguida Antonia entró al cuarto de baño tarareando una cancioncilla y cerró la puerta. Dice que entonces advirtió que Antonia había olvidado el vestido verde sobre la cama, pero que al mismo tiempo pensó que no le correspondía a ella hacérselo notar.

Después empezó a escuchar el ruido de la regadera. Y siguió escuchándolo hasta que se le metió en las orejas. No le extrañó. Sabía que Antonia, al terminar de lavarse, gustaba de echar la cabeza hacia atrás para recibir el tibio chaparrón en pleno rostro sin límite de tiempo. Esto la hacía feliz. Y Petra no iba a intervenir para suspender esa felicidad.

Pero unos veinte minutos después, o acaso más, la regadera continuaba abierta. Pensó que por más placentero que resultara exponer la cara contra la regadera, para la misma Antonia representaba ya un tiempo excesivo de felicidad. Se le ocurrió dar unos golpecitos en la puerta y decir, por ejemplo, que se había olvidado del vestido verde. No se decidió. Compartían la habitación y ambas habían aprendido a tolerar sus mutuas extravagancias.

Petra terminó de planchar y salió en busca de Luz María, la amiga que trabajaba en una casa vecina. La amiga estaba ausente y volvió a la habitación. Anochecía y al entrar oprimió el botón de la luz. Se aterrorizó: el baño estaba en tinieblas y la regadera seguía funcionando. Golpeó el cristal de la puerta con la palma de la mano. Llamó a gritos. La enloquecía aquel ruido persistente. Sabía que la puerta no tenía echado el cerrojo; nunca lo utilizaban; pero el miedo le impidió pasar al interior. Salió corriendo hasta el rellano de la escalera y me llamó a gritos. Bajé a toda prisa.

—Antonia está adentro —dijo, señalando la puerta del baño—. Desde hace horas. La llamo y no contesta.

Entré resueltamente. Antonia estaba tendida en el cubículo de la regadera, un poco encogida, con la cabeza apoyada en el muro. El brazo derecho levantado, sugería que al desplomarse todavía alcanzó a pensar en protegerse la cabeza. Cerré la llave de la regadera, cubrí el cuerpo desnudo con una sábana y lo deposité sobre la cama.

Petra estaba fuera de sí. No podía escuchar mis instrucciones. La agarré por los hombros y la sacudí.

—Cálmate —dije—. Es necesario tener calma. Y busca a la señora. Tú sabes a qué amigas visita. No debe estar muy lejos.

Antonia ya no podía recibir auxilios médicos. De todos modos subí a mi habitación y llamé al médico que suele atenderme. Tardé en localizarlo. Me intranquilizaba la ausencia de la señora. Aunque estaba convencido de que llegaría en cualquier momento: siempre aparece cuando se requiere su presencia. Pensé que estaba obligado a permanecer junto a la muerta. Pero cuando bajé, ya la señora se había hecho cargo de la situación. Me extrañó que así, tan de repente, el patio y el pasillo de la calle estuvieran ocupados por muchas personas desconocidas que conversaban a media voz. ¿Qué hacían allí parados? La señora estaba rodeada de amigas que la auxiliaban. Anduve por ahí sin encontrar un sitio adecuado. Entonces escapé.

Hacia las diez de la noche ya estaba el cadáver en la funeraria y presentes los familiares y amigos de Antonia. A intervalos, Nora y Cristina lloraban silenciosamente. La señora Raquel, dueña por completo de sí misma, tenía el semblante muy pálido. Me pareció que, en el fondo, se negaba a concebir la vida sin Antonia. Estaba al servicio de su casa mucho antes de que contrajera matrimonio y había visto crecer a sus hijos. En adelante no tendría ya aquel celoso guardián mudo y permanente.

Con su fiebre de actividad, Armando asumió la responsabilidad de todo. Sin que nadie lo designara para ello, supongo. Su equipo de ayudantes, actuando bajo su dirección, solucionaba los problemas que iban surgiendo. Homero, que debía llevar el peso de la tarea como único hombre de casa, marchaba detrás de Armando como simple subordinado.

A las dos de la mañana las mujeres abandonaron la funeraria. Antes, Nora quiso ver a Antonia por última vez. La miró fugazmente.

—Parece que duerme —dijo, y se puso a llorar.

Se dirigió hacia la salida cubriéndose el rostro con las manos. Armando corrió a su lado. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y él la abrazó. Me sublevé al instante, y también al instante me

sometí. De repente tuve la sensación de estar muy afectado. Por todo y a la vez por nada. Siguieron así un breve lapso, inmóviles, estrechamente unidos. Cristina también lloriqueaba. Luego él las cogió del brazo y las llevó hasta el coche.

Armando permaneció en la funeraria al lado de la señora y de Homero, como hombre imprescindible que es. Yo seguí a las mujeres unos minutos después, como hombre superfluo que soy.

29

Desde el jueves ha estado cayendo una lluvia menuda entreverada con nublados claros. Cuando bajé a desayunar las nubes eran casi transparentes. Pensé que el sol no tardaría en aparecer. Pero un poco después las nubes se volvieron grises, luego negras y finalmente empezó a llover.

Estos días fríos y melancólicos, de cornisas y árboles goteantes, de noches oscuras y desoladas, han acabado con mis pocos ratos de buen humor. Acaso también ha contribuido mi encierro total.

Sitiado por la niebla y la lluvia; privado del horizonte de las lomas de Santa María; sin posibilidades de ver siquiera las copas de los laureles y las casuarinas de la plazuela, que sobresalen por encima de la cornisa; sin la presencia de la torre de la iglesia de Capuchinas, me encuentro, literalmente, fuera del mundo.

Por si fuera poco, la señora dejó de cantar. La muerte de Antonia la afectó más de lo que suponíamos. También debe influir el mal tiempo, con su pesada carga de tristeza. Lo cierto es que la casa se encuentra sombría y silenciosa. Como si hubiera sido abandonada.

Ha cambiado tanto Raquel, que no es más mi Raquel. Con esa apariencia que tiene causa la impresión de que soporta desgracias insuperables. De que tiene ganas de llorar a mares y que, sin embargo, se resiste a dar libre curso a las lágrimas. A veces le concede sonrisitas a las agudezas de Cristina; pero en seguida recobra su aspecto apesadumbrado.

En su papel de patrona no ha dejado de ser amable. Creo que, por el contrario, ha extremado sus atenciones. Pero aquella inclinación hacia mí, encubierta sutilmente; aquel placentero, peca-

minoso e inconfesado intercambio de afinidades secretas, se extinguieron del todo. Cuando nos quedamos solos endurece su expresión. De soslayo, he descubierto incluso que me lanza miradas de severidad. De encono.

No sé por qué, pero a menudo tengo la errónea impresión de que su actitud se asemeja bastante a la de esas mujeres que esperan una acometida sexual no deseada; y que al no verla cumplida, generan un sentimiento de frustración que las vuelve agresivas con el hombre que las desdeñó.

30

Dejé de leer *El mago*, de Fowles, un libro bastante gordo que me mantiene en continua tensión, y atendí el llamado en la puerta. Abrió y apareció Nora con su sonrisita.

—Te llama Alicia desde Uruapan —dijo.

No faltan las averías en las líneas telefónicas. Mi número privado no funciona y bajé a la sala, donde se encuentra una extensión del teléfono de la señora. Cedió pronto el resfriado de papá, no llegó a doblegarlo. Por el contrario: lo mantuvo muy despierto y activo. Tanto así, que mañana partirán a Guadalajara al examen rutinario con el neumólogo.

Las chicas estaban reunidas en la sala. Cuando colgué, Cristina me preguntó si conocía algún medicamento que eliminara la tendencia a dormir excesivamente. Solté una risita.

—Nora tiene ese problema —dijo.

—Exageras.

—A veces se queda como si estuviera muerta. Casi no respira.

—¿Hay alguna ley que prohíba dormir? —dijo Nora—. ¿Va a pasarme algo si duermo demasiado?

—Se pueden hacer otras cosas —dijo Cristina—. Dormir como tronco horas y horas no produce nada.

—Yo tengo un sueño superficial —comenté—. Duermo poco, con sobresaltos, y el ruido más leve me despierta.

—Toma pastillas —aconsejó Nora—. Si hay algo maravilloso en el mundo es dormir.

Sonó el teléfono y Nora se precipitó a contestar. Con una oreja escuchaba la conversación entre Amelia y Cristina, y con la otra.

lo que Nora le decía a Armando. Descubrí en seguida que hablaba con él. Por la dulzura de la voz. Por su actitud de embeleso. Entendí que existía entre ellos un acuerdo previo para salir y que sólo ajustaban detalles imprevistos. Me subió una ola de cólera. También de miedo. Gotas de sudor empezaron a deslizarse por la parte interna del brazo. Soy demasiado vulnerable a las suspicacias. Presa fácil de la más leve sospecha, de cualquier naturaleza que sea. Sentí que Nora me excluía de su vida. Que en realidad siempre había representado para ella un pensionista más. De ahí pasé a las especulaciones habituales de muerte y aniquilamiento.

Cuando Nora dejó el teléfono, la muy zorra me hizo un guiño y acto seguido se escabulló en la habitación de la señora.

—¿En qué tiempo mínimo se recorre el trayecto entre Morelia y México? —me preguntó Cristina.

—Bueno —dije, esforzándome por ordenar mis pensamientos y atenuar la ira—; si descontamos algunos tramos todavía peligrosos, todo es cosa de acelerar...

Hizo algunos cálculos y determinó que haciendo un recorrido bastante flojo, y partiendo de México después del desayuno, Valeria podía estar en Morelia antes de la hora de comer.

Me importa un pito el arribo de Valeria, tan anunciado y siempre pospuesto. Lo que me preocupa es la conversación de Nora. Casi me mata. Sé que ella está en su derecho. Sería ridículo que me guardara "fidelidad". Nunca le he hecho ni siquiera insinuaciones amorosas. Mi actitud hacia ella ha sido más bien de frialdad. Yo no podía esperar otra cosa. Esa conversación telefónica la debería haber tomado como si se desarrollara entre dos hermanos cariñosos. Sin embargo me dolió. ¡Me dolió como una serie de buenas bofetadas!

Presumo que a través de todo esto Nora se ha propuesto bajarme los humos. Colocarme en mi lugar: en el de la completa sumisión. Mi sitio natural.

31

La señora tiene gripe desde hace dos días y solicité permiso para pasar a saludarla. Su habitación está iluminada por dos balcones que dan a la plazuela. Las paredes, empapeladas con un papel

azul pálido, como que suavizan la luz. Hay un piano antiguo que nadie toca. Un montón de figuras de porcelana sobre cualquier cosa que pueda servirles de apoyo. Fotografías enmarcadas por todas partes: de los hijos, principalmente, a través de todas las edades. Una sola cama matrimonial, en la cual pasó la primera y la última noche con su marido. Muebles de un negro brillante tapiizados con una tela gris salpicada de florecitas multicolores. La habitación es muy cálida, íntima, y huele a fresco y a limpio. A la derecha se abre la puerta de la habitación de las hijas, que tiene balcones igualmente sobre la plazuela. Es la única entrada. Nora y Cristina no pueden estar sujetas a un control nocturno más riguroso. Imposible entrar o salir sin que lo advierta la señora. Me detengo en el centro de la alfombra roja.

—Disculpe —digo—. Sólo quería saludarla.

Sonríe débilmente.

—Siéntese, Gastón —dice, señalando un sillón acojinado situado a un lado de la cama. Rehusó. Nora insiste.

—Ah, no —digo—. Únicamente quería saludarla. Sé que todo marcha bien.

—Mañana dejo la cama. Le tengo aversión. Nunca me hubiera acostado. Pero me obligaron.

Bajo las cobijas, y recostada sobre cojines, tiene el mejor aspecto posible. Por supuesto, un grueso chal le cubre el pecho, los brazos, y por si fuera poco, sube hasta el cuello.

Salgo a la sala acompañado de Nora. Evita mis ojos y se muerde los labios. Es evidente que continúa decidida a desligarse de mí.

—¿Tú ordenaste que guardara cama? —digo, un poco en broma.

—Todos. Incluso el médico.

—Por lo que veo, está recuperada por completo.

—Pero debe cuidarse.

El tono de su voz es seco. La actitud distante. No puedo preguntarme qué espera para echarme los brazos al cuello. Para besarme. Lo que me pregunto es dónde está aquella pasión.

—Bueno —digo—. Subo a mi pieza. Dicen que toda cortesía es tonta. Y hasta molesta. Pero tenía que verla.

—¡Qué cosas más atroces se te ocurren! ¡Te lo agradecemos mucho!

Es todo. No puede haber más. Inspiro profundamente. Trato de aliviar la presión interior con el aire confinado de mi pieza. Estoy vivo, pero demasiado perturbado. Y vacío. En un trance ridículo. He llegado hasta el límite. Si todo me doblega, si todo está contra mí, ¿por qué no puedo abandonar la vida?

32

Mientras Amelia y Cristina discutían acerca del suicidio, yo guardé silencio. No hubiera sabido qué partido tomar. Es una cuestión muy debatida. He pensado en ella y nunca he llegado a ninguna conclusión. En realidad no me interesa ponerla en claro. Sé que no me hubiera costado nada colocarme del lado de Amelia, o del de Cristina. Hubieran sido sólo palabras. Y las palabras carecen de valor cuando se pronuncian en una discusión fortuita. Pero en mi caso, emitir una opinión representaba algo más. Representaba hacer un vituperio o un elogio acerca de mí mismo. Entonces opté por el silencio. En relación con el suicidio carezco de escrúpulos morales. Nunca me han atormentado menudencias de esta naturaleza. En cambio, para Amelia y Cristina tienen gran importancia. No me importa que el suicidio sea juzgado de la manera que sea. Porque para mí, se reduce escuetamente a un solo hecho: al de morir.

Amelia exaltó el suicidio. Lo juzgó como un acto casi heroico. No era el resultado del cansancio y la desesperación. Lo veía como la conquista de un ideal. Como el logro de una esperanza. Porque el suicida encontraba en la muerte la dicha, la justicia o la comprensión que la vida le había negado.

Cristina lo condenó severamente. Era un acto de debilidad y cobardía. Característico de las personas que carecen de algo esencial en la vida: los valores morales.

Cobardía, dijo Amelia, que requiere bastante valor, debilidad que reclama una firmeza nada común.

De todos modos, señaló Cristina, el que se quita la vida por su propia mano se convierte en el peor de los asesinos.

Siguió un silencio, que interrumpió la señora con su voz calmada: "Esas personas hacen mal uso de la voluntad de Dios, come-

ten un acto de soberbia, de rebeldía contra la voluntad del Ser que los creó''.

Toda esa cháchara no tiene que ver nada conmigo. Con mi muerte a un plazo determinado. Con esa muerte que es embriaguez de poder. Vértigo de libertad que escapa a toda norma. Y también miedo terrible de muchos años provocado por esa tentación.

33

Al regresar de la Facultad, después de mediodía, me extrañó que un coche estuviera estacionado ante la puerta de la casa, y además, a la mitad de la calle. Pasé al interior y empecé a oír la voz de la señora intercalada con otra voz irreconocible. Avancé preguntándome a quién podría pertenecer. Entré a la sala y vi a una chica desconocida. Fue entonces cuando recordé que Valeria estaba a punto de llegar. Me quedé con la boca abierta.

Luego un automovilista impaciente reclamó el paso en la calle oprimiendo el claxon una y otra vez. Valeria y yo corrimos escalera abajo. Ella tomó el volante de su coche, avanzó unos metros, hizo algunas hábiles maniobras y consiguió estacionarlo en un reducido espacio libre. Transportamos a su habitación dos maletas y unas bolsas, tan alegre y sencillamente como si nuestras relaciones dataran de mucho tiempo atrás.

Me impresionó su media sonrisa casi permanente que muestra una doble fila de dientes muy blancos. Tiene una boca ancha, de labios gruesos. Y un aire de completa libertad. La libertad debe ser para Valeria lo más importante del mundo. La libertad como modo de vivir. Para vagar por Dios sabe dónde. Sin embargo, inmediatamente después de su llegada llamó por teléfono a papá.

Esa media sonrisa atonta mi cerebro. Su familiaridad me tiene hipnotizado. No trata de ganar voluntades poniendo en juego las artimañas conocidas. Resulta curioso y también absurdo que en cosa de unas cuantas horas, tenga la impresión de que la presencia de Valeria en esta casa representa algo así como la realización de un viejo sueño.

Cuando llegó Amelia salieron a comer fuera de casa. No tenían ningunas ganas de hablar de intimidades en presencia de extra-

ños. De todos modos, a pesar de su ausencia, durante la comida reinó gran animación. Cada uno externó su opinión acerca de Valeria. Apenas si la conocíamos y ya estábamos pronunciando sentencia. Yo estaba excitado. La verdad es que todos estábamos excitados. Es fina, dije, por decir algo. Y pensé en la gran diferencia que existía entre ella y Nora.

De nuestro primer encuentro conservo la visión de sus cabellos lacios y rubios cayéndole sobre los hombros, la mitad derecha contenida detrás de la oreja, y la mitad izquierda un poco echada sobre la frente amenazando ocultar el ojo. Veo la pequeña nariz respingona. La sencilla blusa blanca y los pantalones de mezclilla. El rostro sonrosado, suave, accesible, bello. Pero lo que principalmente continúa atrayéndome es su naturalidad. La veo imaginariamente y tengo la impresión de que sus palabras y sus actos expresan la verdad.

Mientras vigilaba el regreso de Valeria y Amelia desde mi habitación, me atormentó la sospecha de que pudieran continuar intercambiando confidencias indefinidamente. Recobré la tranquilidad cuando, hacia media tarde, escuché sus pasos en la escalera de la calle. No entraron a sus habitaciones, sino que se quedaron en la sala charlando con Nora y Cristina. Cuando bajé a cenar proseguía la charla con la misma vivacidad del principio. Nos dirigimos al comedor. Al salir al pasillo les cedí el paso. Valeria se rezagó y marchó a mi lado.

—Me extraña que el interior de una casa esté directamente bajo el cielo —dijo, aludiendo al estilo constructivo de la pensión—. Resulta sumamente agradable.

—También saludable.

—Y luego con tantas flores naturales. Con los muros cubiertos con azulejos de colores. Con el cancel de hierro forjado. Y el patio. Todo está muy bien.

Cristina le indicó su asiento al lado de Amelia, es decir, casi frente a mí. No me atrevía a levantar la vista hasta sus ojos; la ponía sólo en los labios, en donde se movía su ancha sonrisa cordial. Sentía que ella me perseguía con los ojos tenazmente. Sentía que estaba descubriendo mi timidez y que se burlaba de ella. Sentía que en el fondo era demasiado apasionada. También demasiado liviana. Me irritó que pudiera ser liviana. Pero luego pensé

que a mí no me correspondía calificar su conducta. Y menos aún irritarme.

Me propuse hacer un buen papel en esta primera noche. Pero al dirigirme a Valeria no conseguí evitar el lugar común. Dije:

—¿Qué tal Morelia, a través de una primera ojeada?

—Ya estuve aquí en dos ocasiones. Su atracción es permanente.

—Si fuera posible reducir el tráfico de vehículos cuando menos en un cincuenta por ciento, ¿no te parece?

—Eso ya es propio de todas las ciudades del mundo. Yo trato de verlo como algo que simplemente es así.

—O sea: como calamidad inevitable y generalizada.

—Ahora se están abriendo nuevas esperanzas: las zonas peatonales, por ejemplo.

—Y las excursiones nocturnas, Valeria, cuando encierran los coches. Las ciudades con reliquias del pasado deben verse de noche.

Intervino Cristina. Y al cabo de cinco minutos ya estaba convertido en guía de turistas. Mostraré las obras coloniales de Morelia en varias excursiones nocturnas. Pero no en la intimidad de Valeria y yo, sino en compañía de toda esa tropa.

Pasa de las doce de la noche. No tengo ni pizca de sueño. Ni más hechos que consignar. De permanecer sentado ante el escritorio, sólo me ocuparía de dar vuelta al lápiz entre los dedos. Saldré un rato a la azotea. Apenas si soporto el nerviosismo, que ni aún con una nueva chica en casa está dispuesto a dejarme en paz. El aire de la noche me hace bien; sin tranquilizarme del todo, me hace bien. ¡Pero, Dios mío, con este viento, qué frío debe hacer en la azotea!